



**MARCOS ORDÓÑEZ, «Una gaviota no hace verano»,
publicat a *El País*, 19 octubre 2002.**

¡Qué impresionante obra maestra sigue siendo *La gaviota!* Chéjov buscó (y encontró) una nueva forma artística, liberando a su material de las reglas y servidumbres de la teatralidad superficial para impregnarlo de los ritmos y efectos (lenta erosión, imprevisibilidad, simultaneidad de lo cómico y lo dramático) de la verdadera vida. Una ejemplar tarea de extrema economía teatral, a caballo entre la esencialización de la poesía y un deliberado prosaísmo que actúa, casi alquímicamente, por contraste; un delicado juego de equilibrios entre lo vulgar y lo sublime, lo trivial y lo básico.

Detectamos las semillas de la planta futura o el presagio de la detonación, y cuando la detonación se produce llega siempre contrapesada por una banalidad que la diluye en un contexto indiferente, en una doble operación que por un lado la rebaja, amputando cualquier grasa sentimental oide o grandilocuente, y por otro intensifica, por contraste, su sentido.

Se comprende muy bien, pues, que *La gaviota* fuera en su momento escandalosamente malinterpretada. De entrada, Chéjov contraviene los sagrados preceptos de la dramaturgia: «Quiero», escribió, «comenzarla *forte* y acabarla *pianissimo*». El *forte* corresponde a los tres primeros actos, que transcurren en apenas una semana; luego viene un lapso de dos años, y se cierra con el *pianissimo* del cuarto acto.

No es la menor de sus audacias. Otras serían tomar un material cercano al melodrama romántico y desafiar las expectativas del público extirpando radicalmente sus *morceaux de bravoure*, casi todos en *off*: la historia de amor de Trigorin y Nina; la desastrosa carrera de ésta y la muerte de su hijo; el suicidio de Treplev.

O desenfocar el supuesto «tema» principal —la relación Nina / Treplev / Trigorin— por medio de una serie de personajes y escenas teóricamente laterales o «de fondo», de diálogos como puntas de iceberg, en beneficio de la atmósfera de circularidad y la concepción coral de la pieza, como pinceladas de un vasto retablo impresionista o instrumentos musicales de una partitura en la que cada uno toca, a su manera, la misma canción; una canción que nos



habla, con desesperado vitalismo, del paso del tiempo como aniquilador de ilusiones y esperanzas, de los pequeños egoísmos que detonan enormes catástrofes, de las oscilaciones del corazón y los malentendidos de la existencia; de, como decía el bolero, «todo lo que pudo haber sido y no fue».

En *La gaviota* casi todo sucede en los intersticios y no hay héroes ni villanos *claros*, sino personajes que no escuchan y que han olvidado frente a otros que no quieren olvidar, o que escuchan en su interior demasiadas voces.